

CIMBORRIOS GÓTICOS CATALANES DEL SIGLO XIII

Las fórmulas de sobriedad adoptadas por el Cister redujeron al mínimo los motivos escultóricos ornamentales, y estructuraron los diferentes elementos arquitectónicos en busca de una mayor funcionalidad sin ambiciones triunfalistas. Rara vez hallamos, por esta razón, los cruceros monásticos de la Orden proyectados verticalmente hacia lo alto con la erección de una cúpula que desde los tiempos de Santa Sofía de Constantinopla venía simbolizando la bóveda celeste. Las escasas muestras de la excepción se hallan en iglesias de fuerte tradición románica, como es el caso de las abadías de Sénanque, en Provenza, y Obazine, en la antigua diócesis de Limoges¹. Ambas se mantienen aún dentro de la línea del románico francés del siglo XII.

Una tónica de austeridad semejante adoptaron las iglesias de los monasterios cistercienses en Cataluña, que aunque no se veían obligados a mantener en sus construcciones las fórmulas arquitectónicas de los templos de su lugar de origen, trasladaron no obstante a nuestras tierras el espíritu de las normas de San Bernardo.

Los tres monasterios cistercienses más famosos de Cataluña, Poblet, Santes Creus y Vallbona, fueron levantados en la diócesis de Tarragona por especiales exigencias de la repoblación, a partir de la segunda mitad del siglo XII.

La iglesia de Poblet, iniciada hacia 1170 y posiblemente acabada en lo esencial veinte años más tarde², conserva escasos recuerdos de la casa madre de Fontfroide. Existe, sin embargo, un punto de contacto en la cubierta del ábside central. Se cubre el de Fontfroide, sobre planta hemioctogonal, con paños independientes a modo de sectores

1. A. DIMIER, *L'Art cistercien*, I, Ed. Zodiaque, Colec. La nuit des temps, 1962, p. 89, láms. 29, 30, 31 y p. 163, láms. 61 y 62.

2. A. ALTISENT, *Historia de Poblet*, Abadía de Santa María de Poblet, 1974, p. 159.

esféricos cuyas híladas producen un efecto cupuliforme semejante al cimborrio de Sénanque. El de Poblet, con una solución similar con el refuerzo de sendos nervios bajo las líneas de tangencia de la plementería. En ninguno de los dos casos, Fontfroide y Poblet, se preveyó la existencia de una linterna en el crucero, aunque en este último se construyó un cimborrio en el segundo cuarto del siglo XIV, que no alteró el aspecto interior del templo.

La iglesia de Santes Creus, más austera si cabe que la de Poblet, fue comenzada en 1174 habiéndose concluido posiblemente la cabecera y el crucero en 1221, pues en esas fechas se podían celebrar allí los oficios litúrgicos³. Al igual que la de Poblet, la iglesia principal de Santes Creus cubre el tramo de intersección de las naves de idéntico modo que cualquier otro, sin preveer la construcción de una linterna, aunque en el siglo XIV fue también elevado sobre él un cimborrio.

Un tanto especial resulta el caso de Vallbona de las Monjas. Fundado el monasterio a mediados del siglo XII, las obras de la iglesia debieron iniciarse en las últimas décadas del mismo, según un proyecto muy semejante al de Santes Creus, aunque de menores proporciones. Tal como corresponde a ese momento de la construcción las capillas absidales recibieron una cubierta de cañón apuntado, no así la nave y el crucero donde en los últimos años del XIII o comienzos del XIV, fueron elevadas bóvedas de crucería y un pequeño cimborrio sobre trompas. Años más tarde, ya en el siglo XIV, sería levantada una nueva linterna en el penúltimo tramo de la nave, de mayores proporciones, más semejante en ello al cimborrio que para entonces se construía en Poblet bajo los auspicios del abad Ponce de Copons (1313-1348).

Paralelamente a la construcción de los templos de estos famosos cenobios se inician las obras de las catedrales de Tarragona y Lérida y en ambas se adopta un plan monástico, como consecuencia de la ordenación de la vida secular en ambas iglesias de acuerdo con la canónica agustiniana. No es de extrañar pues que existieran junto a las catedrales claustros y diferentes dependencias claustrales, y que se tomase como modelo, seguido con mayor o menor fidelidad, el plan de la iglesia monástica con tres naves longitudinales y prolongado crucero en el que se abre un número impar de capillas que exceden en número de dos a las naves del templo. La adopción de un plan cisterciense debió efectuarse en Tarragona en una fecha próxima a 1200.

3. A. DIMIER, *L'Art cistercien*, II, Ed. Zodiaque, Colec. La nuit des temps, 1971, p. 249.

En esa época se iniciarían también las obras del claustro que resulta, paradójicamente, más cisterciense en su conjunto que los de los tres monasterios antes mencionados.

A pesar del aspecto monacal del trazado de sus plantas, las catedrales de Tarragona, iniciada a partir de 1171, y de Lérida, a partir de 1203, no escatiman la decoración escultórica, pues no rezan con ellas las recomendaciones de San Bernardo, y la protección de preladados y monarcas acentuó la magnificencia de los edificios, a pesar de la penuria económica que retardó en ocasiones las obras.

Lejos pues de la austeridad monástica se mantuvo vigente en las dos nuevas catedrales catalanas el antiguo tema cupular, típico del mediterráneo cristiano, que tan fuertemente había arraigado en los cimborrios románicos de estas tierras, y que se mantendría igualmente en las catedrales góticas italianas de Siena y Florencia, ambas cronológicamente posteriores a las que nos ocupan.

Sin embargo, las avanzadas técnicas de la construcción, distintas ya de las románicas, y la mayor envergadura de los edificios parecían exigir fórmulas nuevas, y se adoptaron diferentes soluciones para la erección de estos cimborrios. Ignoramos cuál de los dos, el de Tarragona o el de Lérida, fue cronológicamente el primero. El de Tarragona, a juzgar por las aproximaciones obtenidas en las últimas investigaciones, podía estar totalmente acabado pocos años antes de 1250, en tiempos del arzobispo Pedro de Albalat (1238-1251). El de Lérida poco debe alejarse de esas mismas fechas, a juzgar por la consagración definitiva del templo en 1278, efectuada por el obispo Guillem de Montcada⁴. Pero es evidente que en ambos casos se siguieron caminos muy distintos.

La linterna del crucero tarraconense se eleva en forma de polígono irregular sobre un sistema de trompas abiertas, no cónicas (fig. 1). Son raros los precedentes catalanes que nos muestren trompas tan abiertas. El más próximo podría considerarse el de la Seo de Urgell, que por su tosquedad constituye un ejemplo poco afortunado en una época muy avanzada del siglo XII, si se tienen en cuenta los bellos ejemplares de trompas cónicas en los edificios del primer románico. El único caso de semejanza formal clara los hallamos en las trompas bajo el cimborrio de San Cugat del Vallés que por razones que se expondrán más adelante, puede ser considerado cronológicamente posterior (fig. 2).

4. S. ALCOLEA, *Lérida y su provincia*, Ed. Aries, Colec. Guías artísticas de España, s.d., p. 10.

En los ángulos de la base del octógono emergen ménsulas piramidales, del tipo tradicional cisterciense, que apean los arcos apuntados cruzados de la bóveda capialzada. La clave, en forma de nudo, resulta una de las mejores piezas de la decoración del conjunto. Sobre los nervios, los plementos disponen su aparejo en espiga y dibujan lunetos apuntados que cobijan los ventanales.

Exteriormente ofrece el cimborrio un gran parecido con los lavabos de los claustros cistercienses, también poligonales, con amplias ventanas alojadas en los lunetos, y contrafuertes en los ángulos. Existen, sin embargo, claras diferencias derivadas de la problemática que plantea elevar sobre el vacío la construcción, en vez de hacerlo sobre la estabilidad del piso del claustro.

Hemos de plantearnos al llegar a este punto, la cuestión de la estructura arquitectónica del cimborrio y considerar el papel representado por los arcos y los plementos de la bóveda. No es posible, desgraciadamente, acceder al espacio de las enjutas, en el trasdós de la cubierta, para comprobar directamente el sistema de engranaje de las diferentes piezas, pero sí es visible por el exterior la trabazón de los contrafuertes y la disposición general del aparejo.

Se elevaron sobre el espacio octogonal obtenido con las trompas cuatro arcos rebajados apuntados ligeramente, que ejercen, a nuestro entender, una doble función. Son naturalmente una cimbra permanente para los plementos y son también muy posiblemente puentes que contrarrestan los empujes verticales de la bóveda a modo de tirantes que mantuvieran firme y alta en el centro de la clave que los une (fig. 3). Resultaría así que los contrafuertes serían la línea vertical visible al exterior de estos arcos y su empuje lateral hacia el centro, no muy poderoso por su escasa altura, equilibraría el conjunto lográndose una perfecta estabilidad. Sobre la trama así obtenida, se disponen los plementos con híladas en espiga y sillar de buen tamaño que dibuja lunetos apuntados cuyo reflejo exterior produce el efecto óptico de ventanales. No lo son realmente, y los auténticos vanos, muy estrechos, se distribuyen en número de tres y cuatro, respectivamente, en las diferentes caras del prisma, constituyendo los parteluces divisorios auténticos puntales de apoyo para la plementería.

El precedente formal del bello conjunto así obtenido creemos hallarlo en el Císter. Los lavabos de Poblet y Santes Creus⁵ mostraron

5. C. MARTINELL, *Els templets de Poblet y Santes Creus, deus fases d'un mateix tipus*, Abadía de Sta. María de Poblet, 1966.

un tipo de construcción pequeña, de plan central que podía relacionarse con el tema cupular de los templos cristianos. En Poblet se adoptan no obstante fórmulas arcaicas y los arcos cruzados de la cubierta son tan sólo un refuerzo en el intradós de una bóveda cupuliforme, no realmente de crucería, tal como la veíamos en las cabeceras de la propia iglesia de Poblet y en la de Fontfroide. El caso de Santes Creus resulta morfológicamente mucho más próximo. Aquí los nervios son realmente góticos y se ajustan sobre ellos unos plementos en cuyos lunetos apuntados se alojan las ventanas, resultando una bóveda de crucería capialzada. Se disponen —es lógico— contrafuertes angulares. La solución parece ser la misma que la adoptada en el cimborrio tarraconense, pero con una diferencia fundamental: la altura sobre el vacío en que éste debía colocarse. De ahí la mayor esbeltez del edificio del lavabo que la de la linterna, puesto que ésta carece de tambor, no atreviéndose el arquitecto a elevarlo más y logrando la estabilidad con un meticoloso cálculo de empujes y contrarrestos. Hay que tener en cuenta la gran difusión que alcanzó en las comarcas tarraconenses la arquitectura con cubierta de madera sobre perpiaños, derivada posiblemente de edificios secundarios del Cister⁶ con la utilización sistemática de arcos-puentes.

En cuanto a los contrafuertes, podemos decir que son réplica de los del claustro de la propia catedral de Tarragona y que los hallamos igualmente en las pequeñas iglesias de Santa Tecla la Vieja y San Pablo, próximas a la Seo (fig. 4). Son de sección rectangular y se adosan en sus caras más exteriores medias columnas, cuya finalidad no es meramente decorativa sino que constituye parte de la trabazón del conjunto.

Los detalles de la ornamentación, entre los que abundan los de origen islámico, son también en muchos casos copias estilizadas de los temas decorativos del claustro.

Una construcción semejante debió causar por su novedad y su atrevimiento un fuerte impacto en su época, y el constructor sería altamente considerado por sus contemporáneos. Tal vez fuera uno de los pocos maestros de obras que conocemos, el hermano Bernardo, que murió en 1256, y cuyo nombre fue recordado en el Necrologio⁷.

6. Véase sobre este tema el libro de la autora de este trabajo *Contribución al estudio del gótico en Tarragona*, Publicaciones del Instituto de Estudios Tarraconenses Ramón Berenguer IV, Tarragona, 1976.

7. S. RAMÓN y X. RICOMÀ, *El Necrologi de la Seu de Tarragona*, Abadía de Santa María de Poblet, 1970.

El cimborrio de la catedral de Lérida constituye otra variante sobre el mismo tema muy digna de ser tenida en cuenta. Conjuga la forma tradicional de las trompas cónicas románicas tan arraigadas en Cataluña, con novedades constructivas propias del gótico. Sobre el polígono regular de ocho lados que se obtiene con el paso de las trompas, se alza un esbelto tambor abierto en sus caras por sendos ventanales ojivales (fig. 5). El hecho de la elevación de este tambor, que no existe en Tarragona, supone a nuestro entender una mayor madurez en el proceso constructivo, pues la altura, dentro de unos límites razonables, concede una mayor dispersión y recorrido a los empujes verticales de la cubierta que resultan más fácilmente contrarrestados por los contrafuertes. Este conocimiento se contradice con el aspecto arcaico de la bóveda, cuyos plementos, de tendencia cupuliforme, resultan toscos y de aparejo irregular y pequeño. Esta reserva en el momento de tener que adoptar una bóveda gótica gallonada, optando por mantener una más semejante a las románicas con refuerzos de arcos, explica la fragilidad de las columnillas del tambor en que se apean los nervios, y la delgadez de los nervios mismos, siendo los propios plementos los que colaboran en buena parte a la labor sustentadora apoyándose en todo su recorrido sobre el tambor. Una nueva muestra de arcaísmo la constituye el escaso vuelo de los contrafuertes, casi solamente bandas ornamentales que por su poco valor tectónico condicionarían en parte la utilización de un aparejo pequeño, menos pesado, en la bóveda.

No conocemos copias exactas del cimborrio de la catedral de Lérida, pero sí un ejemplar que puede considerarse imitación del de Tarragona en San Cugat del Vallés. A lo largo del siglo XII se había reedificado la iglesia del monasterio, pero el plan fue modificado, con la adopción de bóvedas de crucería gótica al parecer en tiempos del abad Gerald de Clascari (1277-1294)⁸. A esta época pensamos debe atribuirse la construcción del cimborrio que responde con exactitud a los supuestos formales del tarraconense, con la lógica adaptación que exige el paso del románico de los pilares al gótico de la linterna. Se obtiene el octógono en San Cugat mediante trompas planas y abiertas que dibujan un polígono regular. En los ángulos del mismo se sitúan ménsulas que apean columnas en las que descansan los nervios de la crucería. Existe pues tambor, aunque no demasiado alto, conjugándose magistralmente los hallazgos de Tarragona y Lérida. Pero no se cubre

8. E. JUNYENT, *Catalunya romànica. L'arquitectura del segle XII*, Publicacions de la Abadia de Montserrat, 1976, p. 142.

con bóveda cupuliforme, sino con crucería gallonada en cuyos arcos descansa una plementería que cobija ventanales muy amplios, abiertos bajo los lunetos e igualmente en toda la longitud del tambor. Las celosías que tamizan los vanos no parecen tener otra función que la ornamental. Los contrafuertes exteriores son también como los de Tarragona, y del mismo modo algunos detalles de la decoración.

Podríamos decir que el cimborrio de San Cugat representa una tercera fase en la que se entremezcla la altura del tambor de Lérida, con vistas a una mayor estabilidad, y la estructura de arcos cruzados, con ventanas alojadas en los lunetos, propios de Tarragona, así como el tipo de trompas de este último.

El conocimiento de la elevación de estos cimborrios debió impulsar a las altas jerarquías de los monasterios a adoptar unos sistemas semejantes abandonando la antigua norma de austeridad que no había prohibido expresamente el uso de cúpulas. Fue en la iglesia de Vallbona de las Monjas donde se construyó el primer cimborrio cisterciense de la diócesis, sobre el crucero que permanecía inacabado a finales del siglo XIII⁹, figurando en esta linterna las armas de la abadesa Blanca de Anglesola (1294-1328), lo que nos hace considerarlo ya del siglo XIV. Este es también el caso del elevado en la nave, sobre el coro de la comunidad, en tiempos de la abadesa Elisenda de Copons (1340-1348)¹⁰, del de Poblet, erigido en el abadiato de Ponce de Copons (1313-1348), y del de Santes Creus. No obstante estos dos últimos deberían considerarse simplemente torres, pues no son linternas al no comunicar ninguna iluminación al templo, y las dificultades de su construcción fueron evidentemente menores.

Nos hallamos pues en Cataluña hacia la mitad del siglo XIII ante una nueva valoración del antiguo tema cupular cristiano, abandonado prácticamente a raíz de la proliferación de los monasterios del Cister. Los primeros ejemplos conocidos serían los cimborrios de Lérida y Tarragona. Más arcaizante el primero, se relaciona en sus trompas y en su cubierta con linternas románicas, entre las que podría considerarse con gran justicia la de San Vicenç de Cardona, aunque con la utilización de arcos de refuerzo aparentemente ojivales. El segundo se halla más próximo al Cister utilizando una bóveda gallonada gótica capialzada, como en el lavabo del claustro de Santes Creus. La linterna

9. J. LLADONOSA, *El Monasterio de Sta. M.^a de Vallbona (Lérida)*, Lérida, 1973.

10. *Ibidem*, p. 68-72.

de San Cugat del Vallés resulta una copia casi exacta de la tarraconesa, pero con la utilización de un tambor como ocurre en Lérida.

Al igual que la influencia de Tarragona llega hasta el Vallés, se difunde la idea del cimborrio hacia otros puntos invadiendo incluso los monasterios que habían colaborado a su olvido. A principios del siglo XIV se eleva el de Vallbona, y más entrada esta misma centuria los de Santes Creus y Poblet. Incluso nos atrevemos a decir que pueden considerarse remotas réplicas los cimborrios añadidos sobre los cruceros de las iglesias protogóticas¹¹ de Tamarite de Litera en Huesca, y de Santa María la Real de Sangüesa en Navarra, y por razones lógicas de repoblación el de la catedral de Valencia.

Todo esto añade al valor arquitectónico de las dos catedrales catalanas el mérito de haber revalorizado un elemento tan antiguo y haber conseguido tan magistralmente adaptarlo a las novedades constructivas del gótico¹², constituyéndose en el punto de partida de una escuela que irradia más allá de sus propias fronteras.

EMMA LIAÑO MARTÍNEZ

11. J. M.^a DE AZCÁRATE, *El protogótico hispánico*, Real Acad. de Bellas Artes de S. Fernando, Madrid, 1974.

12. Sobre el tema de la Arquitectura gótica en la provincia de Tarragona, véase la Tesis Doctoral de la autora defendida en noviembre de 1977 en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad Central de Barcelona.

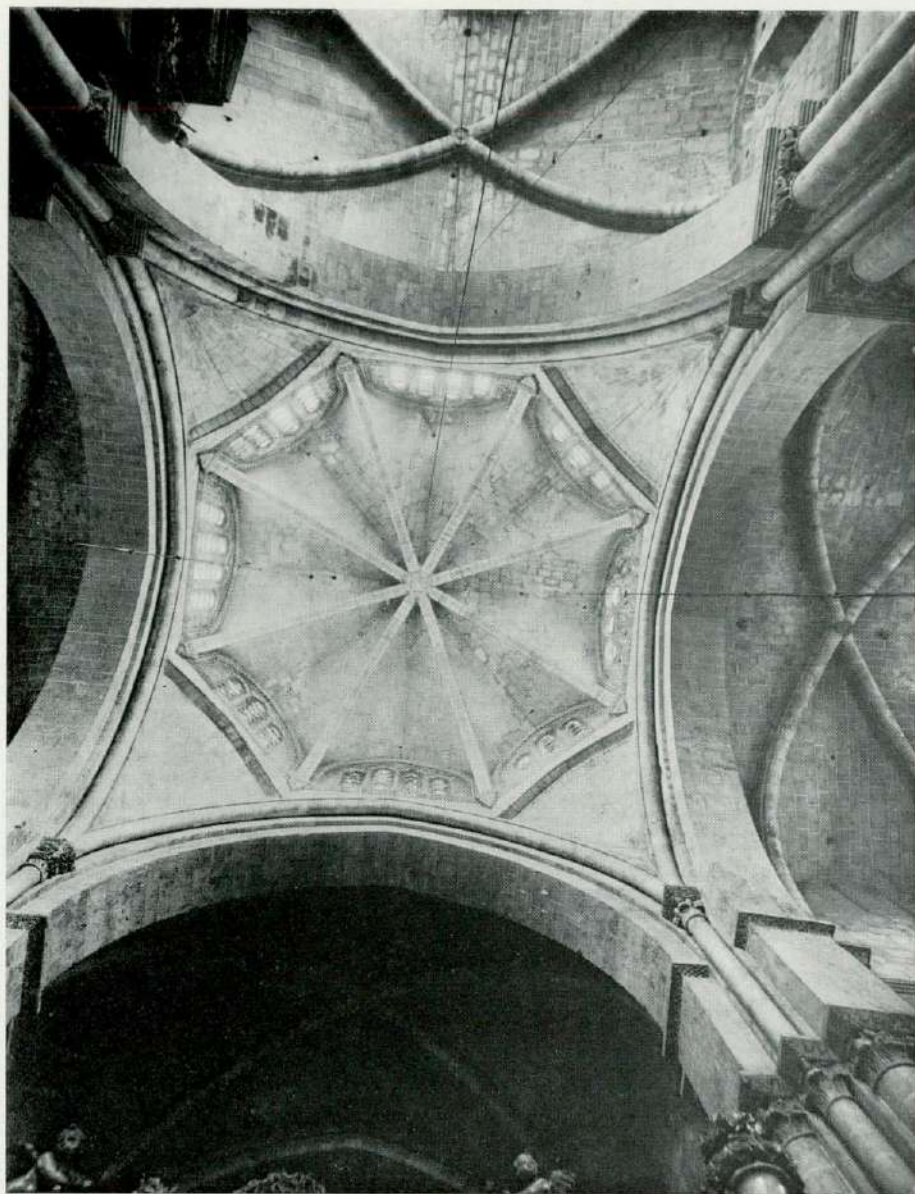


FIG. 1. Cimborrio de la Catedral de Tarragona.

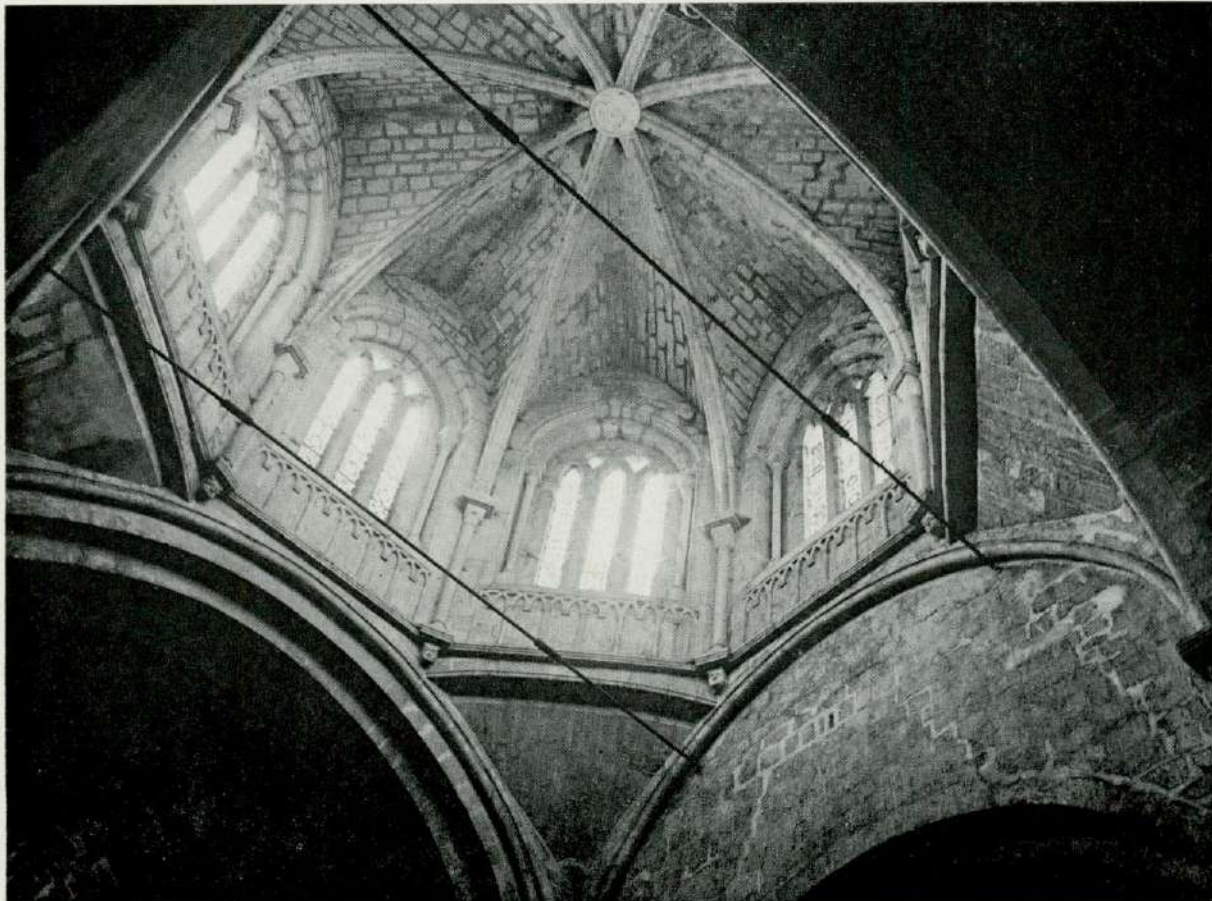


FIG. 2. Cimborrio del Monasterio de San Cugat del Vallés.

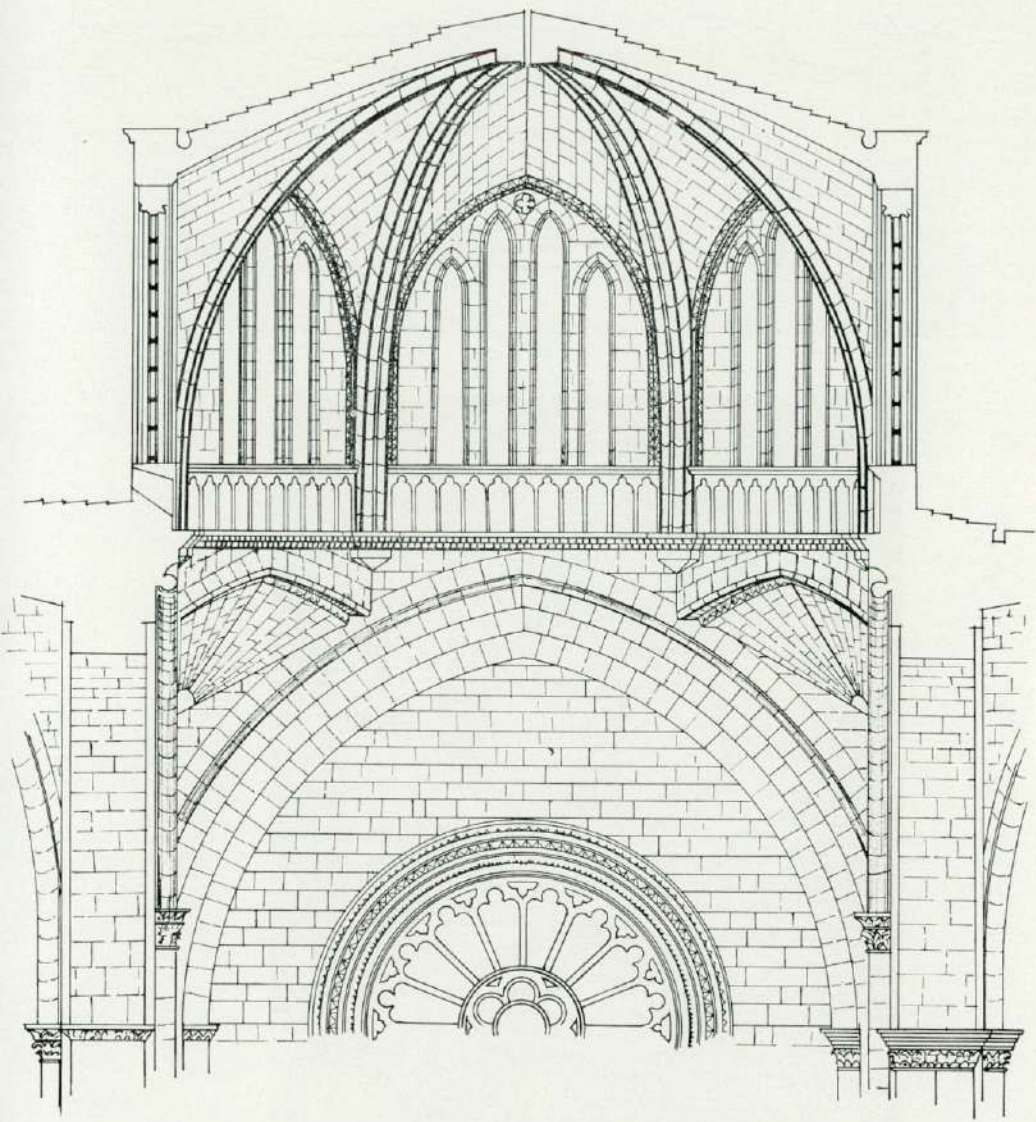


FIG. 3.

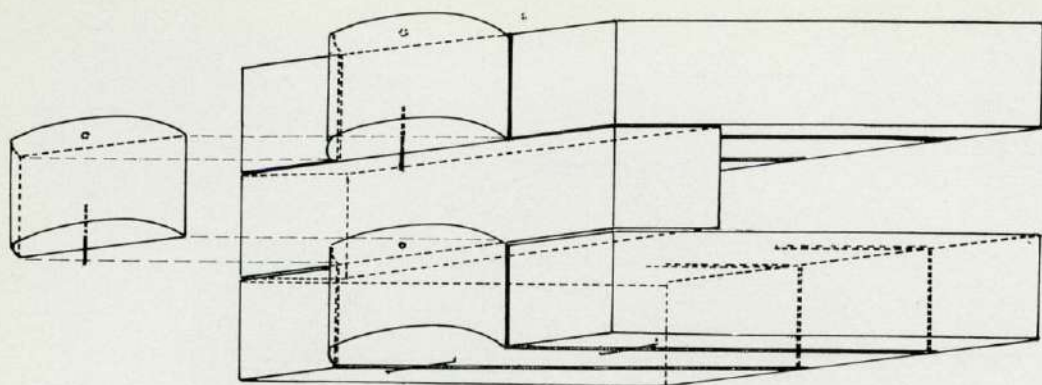


FIG. 4. Aparejo contrafuertes, cimborrio de la Catedral de Tarragona.



FIG. 5. Cimborrio de la Catedral (vieja) de Lérida.